



Editorial

Dossier – Fundamentalismos y Democracia

Antes de pensar en la relación entre fundamentalismo y democracia

Joanildo Burity*

Traducción de Brasil Fernandes de Barros**

Fundamentalismo, fundacionalismo, esencialismo, totalitarismo, racismo, sexismo, patriarcado, moralismo, intolerancia, violencia. No hay nada bueno que decir. El mal en sí mismo. Sólo se ve desde el otro lado. Una de las proezas del fundamentalismo es que siempre gana, convence a sus adversarios de que eso es exactamente lo que dicen de sí mismos. Otra es que rara vez es autoprovocada. Pocos se definen como fundamentalistas. El mejor (o peor) de los mundos: soy lo que dicen de mí, pero no me identifico por lo que me llaman. No llevo la autoidentificación, pero todo el mundo cree que la tengo. Y así, por atribución, observación y acusación (es casi irresistible no hacerlo, por el simple uso de la palabra), el fundamentalismo es un lugar desde el que se cree de forma completa, literal, inflexible; se practica de forma ciega, innegociable, intolerante; se legitiman los abusos, las imposiciones, los silencios, la violencia. No hay ironía, inconsecuencia, contradicción, mala conciencia, incompletud, fracaso: es todo o nada. No parece haber duplicidad, división, sufrimiento en la identidad fundamentalista. No parece haber pérdida, duda, ambigüedad, incertidumbre.

¿Qué hay, en realidad, que entender en el fundamentalismo? ¿No es uno de esos términos en los que creemos y tememos? ¿No es siempre lo abyecto, lo obscuro, lo monstruoso? ¿Qué más se puede decir, además de que quizás se sume a la serie de

* Doctor en Ciencias Políticas. Investigador titular de la Fundação Joaquim Nabuco y profesor de los programas de posgrado en Sociología y Ciencia Política de la Universidad Federal de Pernambuco. País de origen: Brasil. Correo electrónico: joanildo.burity@fundaj.gov.br

** Estudiante de doctorado en Ciencias de la Religión – PPGCR PUC Minas. Becario CAPES. País de origen: Brasil. Correo electrónico: brasil@netinfor.com.br. ORCID: 0000-0002-5285-4871.

desatenciones? Sí, ya lo sabemos. Nada puede sorprendernos, salvo el exceso, la transgresión de los límites de lo que ya se veía como absurdo. Decir fundamentalismo es prever el todo, el uno, el mal. Los liberales, en pensamiento, moral o política, le dedican horror. Los activistas sociales y políticos, de centro o de izquierda, lo combaten sin descanso. El fundamentalismo es lo otro de lo moderno, lo posmoderno, la emancipación, la libertad. ¿Qué buscamos realmente cuando lo nombramos, lo situamos, lo estudiamos?

Y, sin embargo, hay una temporalidad y una posición marginal asociadas al fundamentalismo que, cuando se transponen o intensifican, nos asaltan como experiencia del mal, desatan nuestra indignación y disposición a movilizar las armas de la razón, de la acción colectiva, del derecho. El fundamentalismo es tiempo pasado, un tiempo muerto que quiere volver. El fundamentalismo es un resquicio que no ha sido extirpado de un mundo que ya no existiría. Por lo tanto, si vemos el fundamentalismo, ciertamente nos asaltan los fantasmas de lo que creemos ya superado, enterrado, desenmascarado, neutralizado o subyugado.

Así, nuestra época, señalada por una sensación cada vez más aguda de decadencia y desorden, provoca la reafirmación, la defensa, la resistencia, el reagrupamiento de las fuerzas protectoras de lo contemporáneo contra el espectro del retorno de la ignorancia, la incivilidad, la crueldad. Lo que era un residuo resurge, como el fénix, en el centro, en la cima. Y alarma a los que allí representan el triunfo de las luces de la razón, de la libertad, de la autonomía, y por qué no, del progreso. El fundamentalismo parece amenazar nuestra propia experiencia del tiempo -como la tragedia que irrumpe desde el paraíso, en la mirada aterrorizada del ángel benjaminiano de la historia- y nuestro sentido del orden social y cognitivo de los lugares -ya sea en la bidimensionalidad del centro y la periferia, lo alto y lo bajo, o en la arquitectura de la pluralidad y la libre construcción del yo y del nosotros democrático.

Pero, a pesar de la profusión de voces que reiteran este esquema interpretativo, sin duda y sin temor a la insuficiencia o a la injusticia, hay ciertamente (!?) más que decir sobre el fundamentalismo. Si parece cierto que los fundamentalistas creen en la solidez e inmutabilidad de los principios que aseguran el orden de las cosas, su previsibilidad y su razón de ser (explicación y justificación), hay que preguntarse por qué vemos también el fundamentalismo como una reacción conservadora. Si parece

dado que, dejados sin riendas (e incluso sin represión), los fundamentalistas no dudarán en subvertir el orden moderno, en devolvernos al pasado donde ya no estaremos, hay que preguntarse por la fuerza de seducción (que a menudo queremos reducir al deseo de certidumbre y estabilidad de la gente común) que hace de los fundamentalistas constructores de otros órdenes, híbridos, escalonados, vigilados, pero no controlados en los más mínimos pormenores, y movilizados de miles, de millones. Si parece pacífico que no hay conciliación ni connivencia posible con el fundamentalismo y sus seguidores (o verdugos, cuando "están en el poder" o cerca de él), hay que preguntarse por la división y las fragilidades del "alma" fundamentalista, que la hacen intolerante porque se siente insoportablemente rechazada, desdeñada, desterritorializada. Si la propensión a la intolerancia de la opinión o del modo de vida diferente parece infalsificable, con o sin la pretensión de "corregirlas" mediante la sanción comunitaria, legal o política, es necesario preguntarse si las manifestaciones identificadas como fundamentalistas comparten un mismo conjunto de atributos o un núcleo duro que permita su nominación, clasificación y predicción del comportamiento a asumir, a pesar de las diferencias de contexto.

Desde sus orígenes modernos, estadounidenses y protestantes, cuando se articuló de hecho un proyecto autoproclamado "fundamentalista", el término fue retomado por sus opositores como ejemplo de lo que pretendía ser: un rechazo a la modernidad política, social, cultural y moral, pero no a la técnica y económica. Más que eso, se transformó gradualmente en un epíteto acusatorio. Las variaciones no importan mucho. No nos llevan a lo desconocido, sólo a lo exagerado o mitigado. El nombre de la invariabilidad patológica de la fe, de la certeza, de la tradición decantada, el fundamentalismo se estudia, me parece, cuanto más se quiere ver combatido.

Hasta este punto, he tratado de parecer imparcial y provocador, pero distanciado de las cuestiones más insoportables y urgentes. ¿No es un hecho que en los últimos años la pluralidad religiosa, la diversidad sexual, la igualdad de género, la interculturalidad, la autoridad de la ciencia, la libertad política, la convivencia social pacífica, la paz internacional se han visto gravemente y cada vez más envueltas en una ola conservadora difícil de contener? ¿No es cierto que la libertad de enseñanza, los servicios sanitarios, la "compasión estatal" de las políticas sociales (compensatorias o afirmativas) y la isonomía jurídica están siendo erosionados y desmantelados por una afirmación heteróclita pero implacable del desmantelamiento del Estado protector de

las libertades civiles y de los derechos humanos, económicos, sociales, culturales y medioambientales? ¿No está en riesgo la democracia? ¿Por qué prevaricar? ¿Acumular citas, ironías y preguntas retóricas? ¿Por qué preservar a los monstruos, a los cínicos o a los free-riders del fundamentalismo?

Estas preguntas son muy importantes. Nos alertan de la dimensión ético-política de cualquier interpretación de la realidad. Pero no podemos considerarlos suficientes para esta interpretación. Uno de los mandatos de las nuevas teorías del conocimiento -las mismas que pretenden proteger los conocimientos locales, marginales y sujetos a discriminación y violencia- es el de la apertura al otro, un mandato de conocer antes de juzgar. Un requerimiento que puede llevar al rechazo del otro, por supuesto. Pero no necesariamente de forma total y definitiva. ¿Cuál sería una lectura como ésta, que trata el "fundamentalismo" como otro, en este sentido? ¿Qué sería, mejor, una lectura que explorara la división, la oscilación, la contradicción, la variación y, sobre todo, la relacionalidad y la dispersión de esta identidad? Relación que exige analizarla siempre en su contexto, pero también nunca en sí misma, buscando los lugares donde la frontera -y nunca hay una sola- se muestra incierta, vulnerable, porosa, susceptible de ser contestada desde dentro y desde fuera. Los fundamentalistas y sus fundamentalismos saldrán de esta lectura menos poderosos, menos infalibles y más envueltos en disputas internas sobre la latitud de sus creencias, emociones y prácticas. Dispersión: más que variabilidad, experiencias de reproducción relativa incontrolada de la identidad y el modo de vida fundamentalista, generando identidades y modos de vida, problematizándolos a través del contacto, la confrontación y las alianzas con otros.

Este mandato ético-político en el plano del conocimiento, esta política del conocimiento nos desafiaría, no tanto a relativizar el riesgo o la repulsión que, real e imaginariamente, provoca el "fundamentalismo". Nos desafiaría, más bien, a repasar nuestras cajas de herramientas para sofisticar el análisis: si hay seducción de masas en los fenómenos de la ola conservadora, ¿no estamos siempre de vuelta a lo ya conocido - fascismo, totalitarismo, dogmatismo, intolerancia, violencia-? Una sensibilidad pluralista, falibilista y relacional para el estudio de estos fenómenos históricos, sociales, políticos y culturales (entiéndase como contigüidad, articulación o amalgama, según el caso) nos desafiará a percibir el complejo simbólico-práctico fundamentalista (complejo en el sentido psicoanalítico y de teoría de la complejidad),

su carácter "fundamentalmente" problemático, problemático, ansioso y contestatario. El síntoma del fundamentalismo, paradójicamente, como experiencia irreconciliable y resentida de lo incierto, lo múltiple, lo efímero, lo antagónico. Nos desafiará a redescubrir la alteridad de la experiencia fundamentalista, tanto su respuesta desesperada a los tiempos actuales como su arrogancia pastoral y su intuición política de la necesidad, si se quiere vivir en la estabilidad, la previsibilidad y la seguridad proyectadas en el pasado, de luchar por devolverla. Lo que, en otras palabras, significa, irónicamente, construirlo y reproducirlo activamente.

El enigma del fundamentalismo: ¿es lo que decimos de las personas, de sus prácticas y de sus organizaciones, haciéndose sinceros sobre lo que dicen, sin llamarse a sí mismos, fundamentalistas? ¿Hasta qué punto el fundamentalista es un ser "plenamente constituido", en el seno acogedor de su comunidad de referencia, al abrigo y antes del encuentro con la alteridad que le remueve el suelo bajo sus pies? ¿Cuánto hay de lucha sin cuartel contra los fundamentalistas, sobre todo los que ni siquiera son conscientes de cómo se les percibe, fuera de la estridencia o la supuesta clarividencia (incluso mística, oracular) del discurso de sus líderes? ¿Es posible "empatizar" con el sujeto fundamentalista, sin convertirse en otro y sin ser radical y sumariamente rechazado por él? ¿Cómo tratar el género de/en el fundamentalismo? ¿Cómo entender la autorrepresión del fundamentalista que se ve diferente consigo mismo y en relación con sus iguales? ¿Cómo operar con la división para desprender segmentos fundamentalistas en ciertos aspectos, pero "razonables" y "sensibles" en relación con otros, mitigando, así, lo más amenazante en el fantasma del fundamentalismo - religioso, político, económico, cultural? ¿Cómo ser democrático y democrática en la relación con los fundamentalistas?

Esto es lo que, sin saberlo todavía, y sin haberlo visto ni leído, esperaba encontrar en la secuencia de artículos de este número de Horizonte, que tan generosamente me ha ofrecido el espacio de estas palabras, tal vez intempestivas, ciertamente improvisadas, pero deliciosamente libres de las escrituras de la forma académica. En este lugar cómodo -pero autorizado- de la editorial, quisiera "orientar" de antemano, pero sin saberlo, el protocolo de la mirada que el lector dedicará a los textos que siguen. Por lo que tengo que dar las gracias, por prestarse a este diálogo imaginario, pero cargado de sentimientos de urgencia, indignación y ansiedad por el destino de nuestras religiones, moralidades, políticas. Aguardo.....